

## *Paisaje, asentamiento y Edad Media: reflexiones sobre dos estudios recientes*

*Julio Escalona*

El punto de partida de estas breves líneas es bien simple. ¿Pueden dos trabajos de origen británico, centrado uno en la Bretaña francesa y el otro en la Inglaterra central resultar relevantes para los estudiosos del medievo castellano-leonés? Espero mostrar que sí. Como es bien sabido por los especialistas, la historiografía británica cuenta con una tradición muy larga y consolidada de estudios sobre paisaje y asentamiento. Bajo etiquetas diversas, como *settlement archaeology*, *landscape history*, *landscape archaeology* y otras parecidas, se ha ido reuniendo una abrumadora cantidad de estudios monográficos y no pocas obras de síntesis que dan cuenta de una trayectoria sin duda sumamente interesante y muestran cómo la acumulación de estudios de diferente signo a lo largo de más de medio siglo permite elevar el nivel de la discusión hasta sutilezas que estamos aún muy lejos de alcanzar para Castilla y León.<sup>1</sup> Entre sus notas distintivas quiero recordar que, en el ámbito británico, a las contribuciones de la geografía histórica, la toponimia y las fuentes escritas -documentales principalmente- se une una magnífica tradición de arqueología medieval.

Esta última, en auge en casi todos los países de nuestro entorno pero tremendamente subdesarrollada aún en el ámbito castellano-leonés, ha demostrado con creces que es, hoy por hoy, la única capaz de aportar un caudal continuado de nuevos datos a los procedentes de fuentes de información como las documentales, cuyo volumen

---

■ *Julio Escalona es investigador contratado del Instituto de Historia, CSIC. Departamento de Historia Medieval, Instituto de Historia, CSIC, Duque de Medinaceli, 6, 28014-Madrid, e-mail: j.escalona@wanadoo.es*

<sup>1</sup> Entre las obras de síntesis se puede citar los clásicos HOSKINS (1985), ASTON y ROWLEY (1974), o la más reciente de ASTON (1989). Centrándose en el período altomedieval, ver HOOKE y BURNELL (1995) y HOOKE (1997).

tiende a estabilizarse en breve si es que no lo ha hecho ya. Pero la aportación de la arqueología al conocimiento del poblamiento y los paisajes antiguos va más allá de incrementar la masa de información disponible. Al tratarse de una disciplina con sus propios métodos y sus propios mecanismos para la generación y contraste de hipótesis, la multiplicación de los estudios arqueológicos y su creciente representación en el volumen total de datos implica que llegará -ya está llegando- un momento en que no sea posible plantear una investigación de historia del paisaje, del asentamiento o del territorio sin conocer, utilizar y criticar la información arqueológica. En pocos terrenos es tan claro como en este que el viejo divorcio, denunciado hasta la saciedad, entre historiadores y arqueólogos es una rémora que debe ser eliminada cuanto antes.<sup>2</sup> Y ello no sólo porque sea necesario incrementar las fuentes de información y dar cabida a disciplinas emergentes en los proyectos de investigación, sino sobre todo porque sólo con un alto grado de entendimiento mutuo puede la arqueología servir para contrastar hipótesis que el análisis documental esboza pero no puede explorar por falta de datos, y porque la arqueología tiene su propia manera de razonar acerca de sus fuentes y de la relación entre éstas y las sociedades del pasado, y estos mecanismos mentales pueden y deben contribuir a modificar y hacer más sutil la manera en que los historiadores construyen sus propias preguntas y tratan de darles respuesta.

Las dos obras que comento son buenos ejemplos de la manera en que historia y arqueología se entrelazan para producir resultados estimulantes, y en ambos casos desde interrogantes y estrategias notoriamente diferentes. Por su diferente naturaleza -y también, desde luego, por mis propios intereses científicos- las voy a comentar haciendo especial hincapié en la metodología de la primera y en los aspectos interpretativos de la segunda. Hagamos un breve repaso de cada una.

## 1. UNA INVESTIGACIÓN SOBRE POBLAMIENTO Y USO DEL SUELO EN BRETAÑA

El libro de Astill y Davies (1997): *A Breton Landscape*, es una apretada síntesis de las conclusiones obtenidas a partir de un proyecto de investigación de veinte años de duración.<sup>3</sup> Su enfoque -March Bloch es una referencia explícita y ubicua- es claramente diacrónico y a tiempo largo: un recorrido por los mecanismos de relación entre las sociedades humanas y su medio a lo largo de los últimos dos mil años, concentrando la investigación de manera intensiva sobre un pequeño territorio, de unos 128 km<sup>2</sup>, que comprende las comunas de Ruffiac, Saint-Nicolas-du-Tertre, Tréal

---

<sup>2</sup> He tratado el problema más extensamente en ESCALONA (en prensa).

<sup>3</sup> Numerosos avances del trabajo realizado, junto con análisis monográficos de cuestiones concretas y aspectos de interés metodológico, han ido viendo la luz en una larga serie de publicaciones que el lector interesado debe consultar para formarse una imagen más ajustada de la envergadura del proyecto. Para ello se puede recurrir a la abundante bibliografía citada en el libro. Recomiendo especialmente DAVIES Y ASTILL (1994).

y Carentoir, en la Bretaña francesa. En un espacio relativamente reducido como este, la intensidad de la toma de datos (en torno a 2000 parcelas prospectadas) permitió reunir un volumen de información simplemente enorme.

La mayor parte esa información es de naturaleza arqueológica, y la metodología del trabajo de campo, así como en el procesado e interpretación de los datos, no sólo es sumamente rigurosa sino que además incorpora estrategias muy imaginativas, que serán del interés de todo aquél que se haya tenido que enfrentar a los mismos problemas. El trabajo de base es la prospección y recogida de material de superficie, combinada con excavaciones puntuales de pequeña envergadura, con el objeto de caracterizar los yacimientos detectados por prospección y analizar la correlación entre materiales de superficie y estructuras subyacentes. De esta forma los autores llegan a una serie de criterios que permiten una descripción más compleja de la ocupación humana del territorio, incluso en ausencia de excavaciones a gran escala. Consiguen, por ejemplo, distinguir entre afloraciones de restos cerámicos que indican un asentamiento subyacente y aquéllas que sólo reflejan una deposición sistemática de desechos -es decir, abonado-, lo que les conduce a su vez a una interesante discusión sobre las posibilidades de detectar terrazgos antiguos, su proximidad a los núcleos de hábitat y los niveles de intensidad del laboreo agrícola sobre diferentes áreas de terreno. Igualmente, para el período romano, trazan una separación entre el poblamiento tipo *villa* y las meras granjas o caseríos rurales, matiz que en la mayor parte de las prospecciones de superficie suele quedar en una incómoda indefinición que a veces lleva a pensar en una presencia masiva de *villae* allí donde aflora cerámica romana. Algo semejante ocurre con la forma en que se estudian las cerámicas del siglo X, en que un tipo característico de cerámica de mayor radio de distribución que las localistas producciones ordinarias altomedievales sirve de "fósil-director" para distinguir entre simples asentamientos campesinos y lugares de alto status (*high-status sites*), caracterizando lo que de otra forma serían sólo unidades de asentamiento sin más cualificación. El más rico y variado material bajomedieval permite ampliar este enfoque contraponiendo las cerámicas comunes de dispersión local con las producciones de mayor calidad que se desplazan en un mercado de escala regional, lo cual sirve de indicador para detectar casas nobiliarias, con acceso casi exclusivo a importaciones del mercado exterior y a producciones locales en cantidad superior a las residencias comunes. Por contraste, la progresiva mercantilización de la economía en la temprana Edad Moderna se refleja en la aparición de importaciones -a veces incluso de procedencia renana- de manera generalizada tanto en asentamientos nobiliarios como campesinos.

Aunque el trabajo arqueológico predomina no sólo en volumen, sino también en la manera en que se construyen las argumentaciones, ello no excluye el manejo de otro tipo de datos, como los documentos de época medieval, los registros parroquiales de la Edad Moderna o toda clase de fuentes referentes a los procesos de transformación en el poblamiento y el paisaje ocurridos en los últimos 200 años. Mención especial merece el rico material cartográfico y catastral del siglo XIX, así como el detallado estudio de la arquitectura rural actualmente conservada en la zona, que ha permitido

datar los edificios y estudiar el proceso de expansión reciente del hábitat disperso en el territorio de las cuatro comunas estudiadas.

Me parece especialmente interesante destacar que las fuentes escritas, como es corriente en otros muchos ámbitos, se distribuyen de manera tremendamente irregular y caprichosa, por lo que es interesante comparar sus datos con los de una prospección arqueológica sistemática y minuciosa como ésta. Para empezar, los textos de época romana son prácticamente inexistentes para esta zona, lo que quiere decir que el trabajo tiene que basarse exclusivamente en la arqueología. El problema es que tan pronto como las grandes *villae* -con su vistosa cultura material- entran en declive, el panorama arqueológico se oscurece de manera drástica, de forma que detectar asentamientos rurales de ese período se vuelve tarea poco menos que intratable. Los estudiosos del poblamiento tardoantiguo y altomedieval saben bien que esto puede llevar a sacar conclusiones demasiado rápidas, sobre todo en lo referente a demografía, de la ausencia de restos materiales conservados -o de la incapacidad de los métodos arqueológicos para reconocerlos. *A Breton Landscape* constituye un elocuente argumento en contra. Frente a la inexistencia de restos arqueológicos, la documentación del monasterio de Redon deja claro que la realidad social puede ser muy diferente de esa imagen de pobreza material. Las colecciones de Redon, lejos de cubrir todo el período, se concentran en 80 años del siglo IX; antes apenas hay datos y los que se conservan de los decenios posteriores son pocos e inexpressivos. Los documentos redactados en Redon -que entonces estaba iniciando la expansión de su dominio- constituyen un auténtico fogonazo en la oscuridad, exhaustivamente analizado por Wendy Davies (1988): una sociedad rural compleja, jerarquizada, bien asentada en el territorio, con una rica vida jurídica y comunitaria y sometida a dinámicos procesos de cambio. Interesantemente, nada en el registro arqueológico hace pensar que el período cubierto por los textos sea particularmente rico o desarrollado en comparación con la etapa precedente; la cultura material es uniformemente pobre y, si acaso, refleja un crecimiento hacia el siglo X, cuando la documentación de Redon deja ya de ser tan densa y detallada. Claramente, nos encontramos ante un caso en que las fuentes escritas y las arqueológicas arrojan patrones contradictorios y la conclusión ha de ser necesariamente que la complejidad de la vida social de las comunidades rurales altomedievales no tiene por qué dejar necesariamente una huella profunda en el registro material. Esta idea es válida para muchos otros ámbitos; desde luego lo es para Castilla y León.

En razón de la naturaleza de los datos, la etapa altomedieval contrasta fuertemente con el período romano. Si éste dependía totalmente de las fuentes arqueológicas, aquél se trabaja desde un predominio total de las fuentes escritas. Sin duda hay aquí un desequilibrio que parece imposible de salvar para el período romano y que sólo muchos años de excavaciones podrían paliar para la Alta Edad Media. No es hasta la Baja Edad Media que las fuentes escritas muestran riqueza y uniformidad suficientes para permitir un tratamiento en paralelo con los datos arqueológicos, como se hace en el resto de la obra.

En lo referente a la interpretación del material, para cada uno de los períodos estudiados se trabaja a base de contraponer los procesos que tienen lugar en el área

de estudio con los que ocurrían simultáneamente en ámbitos más amplios, como el resto de Bretaña, Francia o, en ocasiones, Europa Occidental en su conjunto. No hay aquí espacio para comentar en detalle la discusión de cada período histórico, pero merece la pena señalar que un valor adicional de la obra es que los autores hacen un auténtico esfuerzo por soslayar los atajos interpretativos más al uso, como el recurso a la idea de una despoblación casi total de la Armorica romana a raíz de la crisis del siglo III (cf. Galliou, 1986) -un aspecto que tiene concomitancias evidentes para la cuenca del Duero tanto en época romana como altomedieval- o, muy especialmente, las explicaciones de tipo neo-malthusiano sobre los cambios en la relación población-presión sobre los recursos en el período bajomedieval y moderno. En todo caso, la impresión que emerge del conjunto es que la zona estudiada en *A Breton Landscape* es un espacio rural marcadamente aislado de los procesos más dinámicos que operan en áreas vecinas, especialmente en la franja costera, donde la densidad de población parece haber sido siempre mucho más alta, así como los vínculos con el desarrollo urbano y el comercio exterior. Esto no es un problema en sí. La elección de un espacio fuertemente rural es explícita por parte de los autores y viene dada por la necesidad de eludir las áreas más urbanizadas e industrializadas de cara a la recogida de material. El sesgo en la casuística se ve corregido por el sistemático esfuerzo de comparación entre la realidad que emerge del material estudiado y los procesos que, con carácter general, se vienen reconociendo en otras áreas de Bretaña e incluso en espacios más amplios.

Una cuestión de mayor calado se puede plantear en relación con la escala del espacio estudiado. La elección de las cuatro comunas de base parece haber estado marcada por su formación en la Alta Edad Media y su marcada continuidad, que deja una huella muy clara en las fuentes catastrales decimonónicas y en la geografía administrativa actual. No cabe duda de que Ruffiac y Carentoir eran unidades relevantes de agrupación social en la Alta Edad Media, de ahí la pertinencia de su elección. En cambio, lo que no está claro es que esos mismos espacios fuesen unidades significativas antes y después. Sobre todo, en la medida en que el mundo romano y el altomoderno operan en un rango de relaciones de gran escala en comparación con, por ejemplo, la Alta Edad Media, se puede plantear la duda de si mantener una misma escala territorial para todos los períodos no obliga a tratar determinados aspectos clave -como la escala de los intercambios comerciales o el patrón de urbanización- como factores unas veces internos y otras externos al área de estudio. En último término, se trata de un espacio relativamente pequeño, por lo que es perfectamente posible que procesos relevantes para el área de estudio no se manifiesten espacialmente en ese espacio y, por tanto sean mucho más difíciles de reconocer. Pongamos dos ejemplos especialmente claros: primeramente, en las inmediaciones del área de estudio -pero fuera de ella- se localiza el *oppidum* de Le Mur, un asentamiento que puede haber tenido el carácter de lugar central desde la Edad del Hierro a la Alta Edad Media. Esto podría indicar que Carentoir -y quizás también Ruffiac- podrían constituir un sector radial del *hinterland* de Le Mur, una posibilidad que queda al margen en la discusión. Esto puede parecer poco relevante para los patrones de uso del suelo a escala local, pero es ciertamente importante en más de un sentido, sobre todo si se tiene en cuenta que la documentación de Redon parece sugerir una

cierta concentración de grupos aristocráticos en las inmediaciones de Le Mur. Un segundo ejemplo viene dado por el propio Redon, situado a unos 20 km de la zona de estudio. Si no existiera la colección documental del monasterio ¿podríamos postular que en la Alta Edad Media esta zona estaba sometida a una presión por parte de un poder señorial externo que no sólo detraía excedente económico -afectando por tanto radicalmente al patrón de uso y explotación del suelo- sino que además tenía un efecto insoslayable en la estructura social local, favoreciendo determinadas elevaciones, pero también una igualación del campesinado? Aspectos como la presencia de grandes poderes señoriales en la estructura de la propiedad agraria local son muy difíciles de aprehender si el poder señorial en cuestión opera a larga distancia. En último término parece claro que la escala territorial significativa experimenta fuertes cambios en el tiempo; no es la misma para época romana que para el período altomedieval. Por supuesto, siempre se puede argüir que se trata de estudiar la evolución de un pequeño espacio rural a lo largo del tiempo, pero claramente no es lo mismo que, como ocurre en la Alta Edad Media, el área de estudio contenga la mayor parte de los elementos explicativos clave, que, como en época romana o moderna, la mayor parte de los factores de gran peso -como la escala del sistema político, o el mercado- operen a una escala tan amplia que sólo se reflejan localmente de manera parcial o indirecta, obligando a trabajar por comparación con otras áreas.

Estas observaciones no deberían ser entendidas como negativas. *A Breton Landscape* se basa en una recogida de datos que multiplica varias veces lo que los equipos de investigación están dispuestos a acometer normalmente. Si los autores hubiesen tenido, por ejemplo, que extender el área de trabajo para abarcar todo el entorno del *oppidum* de Le Mur, el esfuerzo habría sido imposible sin perder en intensidad y la intensidad en la recogida de datos es probablemente lo más valioso en el diseño de esta investigación. Es a la vez frustrante y sumamente sugerente que un trabajo de esta envergadura pueda suscitar en el lector una insatisfacción por saber más sobre la zona de estudio o por conocer las áreas vecinas con un grado de detalle comparable. Es sin duda también un indicador de la gran calidad del trabajo de Astill y Davies.

## **2. UNA INVESTIGACIÓN SOBRE EL HÁBITAT RURAL CONCENTRADO EN LA INGLATERRA MEDIEVAL**

*Village, Hamlet and Field* tiene características muy diferentes (Lewis, Mitchell-Fox y Dyer, 1997). Los autores se centran en el estudio de la etapa medieval a una escala 'regional', los cuatro condados de los East Midlands ingleses (Leicestershire, Northamptonshire, Buckinghamshire y Bedfordshire). El tiempo de ejecución de la investigación fue de aproximadamente la cuarta parte que el anterior y también la escala fue muy distinta. Al trabajar en un espacio regional, cualquier intento de trabajo directo sobre el terreno resultaba inoperante por la imposibilidad de obtener una cobertura espacial suficientemente densa y homogénea para construir una argumentación sobre ella. Por lo tanto, el trabajo consistió en la recolección y sistematización

de la información procedente de investigaciones -arqueológicas o no- de diversa procedencia, generalmente de carácter más local. Por esta razón, el libro tiene evidentemente una carga metodológica inferior a *A Breton Landscape*. No así en lo interpretativo.

La obra se centra en uno de los 'temas estrella' de la historia del paisaje británica: la emergencia del poblamiento rural concentrado (*nucleated villages*) y su relación con los sistemas de campos organizados para la derrota de mieses. Es esta una cuestión en torno a la cual han girado durante mucho tiempo discusiones fundamentales sobre el grado de cohesión interna de las comunidades campesinas y sobre la mayor o menor precocidad que se debe asignar a las mismas. La visión 'germanista' tradicional defendía que las aldeas concentradas y los campos abiertos eran dos caras de una misma moneda, y que ambas remitían a la 'primitiva sociedad germánica' organizada en comunidades aldeanas igualitarias y sin presión señorial alguna, salvo su sometimiento al monarca. Esto situaría su creación, unas veces en el período de la conquista anglo-sajona (siglos V-VI), otras veces en la etapa de conquista danesa (siglos IX-X), según zonas y autores. Esta postura tiene ahora escasos defensores y poco a poco se ha abierto paso la idea de que las aldeas nucleadas y los sistemas de campos abiertos son un fenómeno más tardío, tras una larga etapa altomedieval en la cual habría predominado una alta dispersión e inestabilidad del poblamiento. Este es el punto de partida de Lewis, Mitchell-Fox y Dyer, quienes ubican a grandes rasgos la formación del hábitat rural concentrado en el período entre 850 y 1200. Esto implica, en términos comparativos amplios, apuntar al período clave de maduración de la sociedad medieval en Europa Occidental, cuando se perfilan muchos de los rasgos que han caracterizado el poblamiento europeo durante un milenio y que, lo mismo en Inglaterra que en España, son aún en buen medida perfectamente reconocibles sobre el terreno. No debe sorprendernos, por tanto, que las implicaciones del trabajo vayan mucho más allá de un debate historiográfico nacional. Se trata de una investigación 'muy británica', pero no exenta de interés para historiadores de otros ámbitos.

El enfoque del trabajo es muy comprehensivo, aunque en más de una ocasión la necesaria concisión en un libro de este tamaño deja al lector ante cuestiones de calado que no quedan resueltas más que por referencia a la amplia bibliografía citada. Se hace una detallada exposición de las características físicas del territorio, atendiendo a su comarcalización natural interna y a la identificación de los rasgos que pueden haber afectado al poblamiento humano 'a tiempo largo'; igualmente, se efectúa un recorrido -esencialmente arqueológico- por las etapas de ocupación del espacio anteriores al medievo: la prehistoria reciente y el período romano. Centrar el interés en la etapa 850-1200 obliga a poner en juego un enorme abanico de fuentes, que va desde la arqueología a los diplomas y los registros señoriales y fiscales de la Baja Edad Media, pasando, por supuesto, por el ubicuo *Domesday Book*. La información de las fuentes medievales es contrastada con otras posteriores, entre las que destaca el magnífico material cartográfico generado en las Islas Británicas a lo largo del siglo XIX. Como en el caso de *A Breton Landscape*, la cartografía decimonónica permite

obtener una imagen razonablemente ajustada de la morfología del poblamiento rural inmediatamente antes de que los drásticos cambios acaecidos a lo largo del último siglo eliminasen muchas de sus trazas y enmascarasen los fenómenos que éstos revelan. Existe un evidente problema metodológico a la hora de evaluar qué grado de fiabilidad cabe otorgar a este tipo de material moderno a la hora de estudiar las realidades medievales. La solución de Lewis, Mitchell-Fox y Dyer consiste en contrastar sistemáticamente la morfología del hábitat rural cartografiada en el siglo XIX -en su mayor parte correspondiente a lugares que se formaron en la Edad Media, pero que siguen habitados hoy en día- con la que se puede reconocer en las fascinantes colecciones de fotografías aéreas de que disponen los investigadores británicos y que documentan decenas de asentamientos medievales abandonados a lo largo y ancho del país, algunos ya destruidos irrecuperablemente. La mayor parte de estos núcleos quedaron desiertos en el período entre la segunda mitad del siglo XIV y la primera del XVI, por lo que se puede aceptar que su aspecto es más o menos el que tenían en tiempos plenomedievales. Su comparación con la cartografía del siglo XIX, con la que guarda una notable congruencia, otorga cierto margen de fiabilidad al método.

Con estos datos se elabora una cartografía del poblamiento medieval en la que los núcleos son agrupados por criterios morfológicos. A pesar de que inicialmente se establece un modelo cuatripartito de cierta complejidad, éste sólo ocasionalmente es puesto en juego en la discusión,<sup>4</sup> mientras que en la práctica las categorías se reducen normalmente a 'hábitat disperso' y 'hábitat concentrado'. De esta manera se subdivide y 'comarcaliza' el espacio regional estudiado, en función de las áreas en que predomina una modalidad u otra. Esta cartografía es presentada como el corpus de datos que es preciso interpretar y para ello se trabaja en dos bloques. En primer lugar hay una detallada exposición de las características del poblamiento en dos períodos: desde la prehistoria a la conquista Normanda (1066) y desde 1066 a 1500.<sup>5</sup> Finalmente, hay una extensa discusión sobre las posibilidades interpretativas del material.

La argumentación principal podría ser resumida de la siguiente manera:

Después de la dislocación del orden romano, la Temprana Edad Media inglesa es un período en el que los patrones de asentamiento están marcados por una intensa ruralización. Ciertamente la desaparición de las estructuras romanas es presentada por los autores como un proceso que pudo extenderse a través de todo el siglo V y buena parte del VI, y en algunos aspectos proyectarse más allá. Este proceso sería más gradual e incompleto de lo admitido por las posturas tradicionales, que abogaban por un colapso total y un reemplazo por un orden radicalmente nuevo impuesto

---

<sup>4</sup> Véase una discusión extensa y una tipología muy detallada en ROBERTS (1985).

<sup>5</sup> No deja de resultar un tanto extraña esta compartimentación, que obedece a la manera clásica de dividir el medievo inglés entre un antes y un después de la conquista normanda de 1066, y que, alternativamente, cuando se pone mayor énfasis en las fuentes que en el proceso histórico, se suele desplazar a 1086, fecha de la redacción del *Domesday Book*, la referencia heurística insoslayable para la Edad Media inglesa. Sorprende sin embargo comprobar que la periodización verdaderamente operativa en *Village, Hamlet and Fields* es tripartita, separando el período 850-1200 de las etapas anterior y posterior.

por los invasores anglosajones, pero ello no oculta la realidad de que la mayor parte de los asentamientos de época tardorromana carecen de huellas de continuidad posterior.<sup>6</sup> A la altura del siglo VII ya se había establecido en la Inglaterra central el patrón altomedieval característico, dominado por una multitud de pequeños asentamientos tipo granja (*farmstead*) o caserío (*hamlet*). No quiere esto decir que no existiesen asentamientos mayores, que sí aparecen a veces en las prospecciones de superficie, pero en general la imagen presentada por Lewis, Mitchell-Fox y Dyer es de un poblamiento extremadamente disperso, a veces de corta duración y sin jerarquizar.<sup>7</sup> Este tipo de hábitat disperso no sería característico de un período histórico determinado, sino que se habría generado y destruido de manera reiterada a lo largo de un milenio, hasta el fin de la Edad Media. La ausencia de jerarquización implicaría que en la etapa más antigua la sociedad anglosajona contaba con una estratificación limitada y una ausencia de estructuras estatales relevantes. Poco a poco, desde el siglo VII, se irán documentando lugares centrales como las villas regias (*royal villas*), centros perceptores de rentas debidas al monarca y polarizadores del gobierno en la escala comarcal, y a partir del siglo VIII, los primeros *burhs*, asentamientos fortificados que ya no son una mera emanación del poder regio, sino también el asentamiento de un grupo humano sustancial y diferenciado de la campiña circundante, el embrión de un fenómeno urbano.

Por contraste con lo recurrente del poblamiento disperso, los autores señalan el período 850-1200 como el "momento de la aldea", una etapa en la cual surgieron gradualmente una masa de asentamientos campesinos concentrados. Esta es una novedad de gran trascendencia, ya que después de 1200 no parece haber continuado la misma tendencia. Los núcleos concentrados surgidos hasta entonces se instalaron con fuerza en el territorio y pervivieron hasta la actualidad -si bien un cierto número fue abandonado en la Baja Edad Media- pero no parece que haya habido

---

<sup>6</sup> Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, al igual que sucedía en el ejemplo bretón arriba comentado, el empobrecimiento general de la cultura material en la etapa post-romana volvía casi invisibles las estructuras de hábitat rural. En el caso inglés, los ajuares funerarios metálicos depositados en los cementerios anglo-sajones permiten detectar una masa de comunidades de cuyo mundo funerario se sabe mucho mientras que del hábitat se ignora casi todo. Esta situación es perfectamente paragonable con la abundancia en Castilla y León de necrópolis altomedievales, mientras el hábitat campesino permanece aún por descubrir.

<sup>7</sup> Ver una síntesis sobre las formas de hábitat y asentamiento en el primer período anglosajón en WELCH (1992: 29 y ss.). Debe advertirse que esa imagen puede necesitar ser matizada, ya que por una parte, se va sabiendo cada vez más sobre la existencia de lugares centrales en la etapa altomedieval -antiguas aglomeraciones secundarias romanas, asentamientos castreños- que hacen pensar que el poblamiento pudo estar menos desestructurado de lo aparente. Por otra parte, hasta hace poco se defendía la teoría de un primer poblamiento anglosajón basado en pequeñas granjas y caseríos, muy inestables y de vida corta, que hacia el siglo VIII habría experimentado un vuelco -el llamado *middle-Saxon shift*- con la formación de nuevos núcleos de mayor tamaño y más estables, que darían lugar a las localidades y parroquias de la Plena Edad Media (ARNOLD y WARDLE, 1981). Sin embargo, últimamente se va abriendo paso la idea de que antes del siglo VIII ya existían asentamientos de tamaño sustancial, con cierta tendencia a la nucleación y con una clara estabilidad a lo largo del tiempo (HAMEROW (1991, 1997).

oleadas sucesivas de creación de pueblos concentrados. El hábitat rural concentrado se muestra, pues, como un rasgo distintivo del período de formación y consolidación de la sociedad plenomedieval.<sup>8</sup> Pero la nucleación del poblamiento tampoco se impuso de manera uniforme sobre el territorio inglés. Amplias áreas como East Anglia quedaron totalmente al margen e incluso en la Inglaterra central, tradicionalmente considerada como la región de las aldeas nucleadas, coexisten sectores de predominio de poblamiento concentrado con otros en los que la dispersión es la norma.

Una vez establecido este período crítico en la formación de aldeas concentradas, los autores proceden a analizar sus causas y sus implicaciones, revisando las teorías hasta ahora aparecidas y haciendo sus propias aportaciones. Por brevedad, no voy a seguir uno a uno los pasos de la argumentación. Baste decir que su clave consiste en constatar que el hábitat concentrado parece triunfar allí donde hay una orientación clara hacia el cultivo cerealero -las zonas de predominio silvopastoril no experimentan el movimiento hacia la nucleación- y también parece estar claramente asociado a la difusión de una modalidad específica de organización del terrazgo para la derrota de mieses, basada en dos o más hojas de cultivo en las cuales se alternan cultivo y barbecho, quedando los campos en barbecho abiertos como pastizal para los ganados de los vecinos. Por ser muy característico de la Inglaterra central, este tipo de organización del terrazgo se conoce a veces como *midland system*. En su forma más acabada, tal y como se reconoce por ejemplo en amplias zonas de Northamptonshire, la conexión entre poblamiento y terrazgo es máxima: el poblamiento se organiza en una o dos hileras de casas, todas con un tamaño análogo y dotadas de un corral de dimensiones *standard*, y los vecinos cuyas casas son colindantes lo son también en la propiedad de las fajas de terreno dentro de cada hoja de cultivo, de manera que las parcelas reflejan la ordenación del caserío. Esto a su vez pone sobre la mesa un problema de la mayor trascendencia: mientras que es perfectamente posible concebir un movimiento gradual hacia la nucleación del hábitat -quizá tomando como punto de partida focos evidentes como la iglesia, el o los *manors* señoriales, o las casas de siervos y *casati* asentados por los señores en su reserva, etc.- el paso de un sistema de campos irregulares a uno de hojas de cultivo y derrota de mieses, con asignación a cada vecino de parcelas de igual extensión y calidad en todas las hojas representa una alteración radical que no puede ser acometida de manera gradual, sino bruscamente, en el curso de una sola temporada, con lo que ello supone de deliberación, planificación y acción eficaz en un terreno potencialmente conflictivo. Por otra parte, la creación de este tipo de organización agraria tiende a "fossilizar" la aldea, puesto que ahora resulta mucho más difícil incorporar nuevos vecinos o reducir el caserío, así como introducir cambios en el uso del suelo, cosa que presenta menos problemas en áreas de hábitat disperso.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Debe recordarse, sin embargo, que en época romana también se documenta en Gran Bretaña el hábitat concentrado, desde pequeñas aldeas hasta asentamientos más sustanciales, que son a veces denominados "pequeñas ciudades" (*small towns*). Ver HANLEY (1987) y RODWELL y ROWLEY (1987). La posible continuidad y el impacto de estas formas de hábitat en el período altomedieval todavía no han sido suficientemente exploradas.

<sup>9</sup> De alguna forma se tiende a asumir que las áreas donde este tipo de sistema triunfa son espacios de altísimo predominio del cereal y en los cuales la expansión del terrazgo cerealero

¿A qué fuerza o a qué fuerzas es posible, pues, achacar la iniciativa en una transformación tan relevante? Los autores hacen un repaso de la forma en que el patrón de asentamiento nucleado se relaciona con los sistemas de campos, las estructuras señoriales, la comunidad local, la población, el estado, el mercado, y el medio físico, para acabar concluyendo que ninguno de ellos puede por sí solo explicar el fenómeno en su conjunto. No cabe duda de que hay factores relevantes, como por ejemplo, la capacidad señorial para imponer una determinada organización espacial y de uso del suelo, el interés de la monarquía -y de los señores- por regularizar el tamaño de los solares y por fijar el tamaño de la propiedad campesina, ya sea a efectos fiscales o de percepción de renta, y no menos importante, el papel de las propias comunidades campesinas a la hora de aceptar y poner en marcha un sistema que exige un alto grado de cohesión comunitaria y un control colectivo del cumplimiento de la normativa por parte de cada vecino individual, como reflejan los numerosos pleitos y ordenanzas locales. Tampoco la cronología es una cuestión resuelta. Es claro que en el siglo XII se documenta en algún caso esporádico el momento concreto en que se pone en marcha el sistema de derrota de mieses en una aldea y también lo es que el sistema se documenta tanto en lugares de señorío único como en lugares de señorío compartido y en otros en los que la población parece proceder de los restos del campesinado libre del período anglosajón (*sokemen*). Ante este panorama parece aconsejable la postura de los autores: es probable que el sistema se introdujese de manera relativamente temprana a partir de mediados del siglo IX y quizá precedido por un movimiento hacia la nucleación antes que la transformación del sistema de campos, pero que su difusión y generalización en una comarca dada se produjesen de manera mucho más gradual, ligados a la percepción social de las ventajas o inconvenientes de poner en marcha un sistema novedoso de gestión económica.<sup>10</sup> En este sentido es interesante el papel que se concede al interés del campesinado por aprovechar las ventajas de unos mercados urbanos emergentes, en vez de cargar las tintas únicamente en la presión e imposición señorial. En último término los autores vienen a plantear el fenómeno estudiado como una manifestación más del crecimiento de las sociedades europeas en el período plenomedieval.

En definitiva, si la crítica de las diferentes posturas interpretativas es sumamente estimulante, la propuesta final de los autores es más ambigua de lo que el lector pudiera desear al llegar al final de la obra. Ningún criterio permite descartar a los demás como factores en la aparición de las aldeas nucleadas, aunque, como en el caso de *A Breton Landscape*, el rechazo de los modelos neo-malthusianos, dominan-

---

tiende a copar el terreno disponible y a poner en peligro no sólo otros cultivos, sino también la pequeña ganadería familiar. Este cuadro de superpoblación relativa y de altísima presión sobre los recursos locales merecería sin embargo una argumentación más crítica, ya que es un argumento trascendental que puede resultar difícil de admitir *a priori*. Por otra parte, este cuadro de casi monocultivo cerealero plantea problemas muy diferentes según se trate de una situación de partida -que obliga cambiar el modelo de organización agraria- o de una consecuencia de la introducción del nuevo sistema, en cuyo caso la derrota de mieses habría servido de vehículo para la consolidación del monocultivo cerealero.

<sup>10</sup> La forma en que se desarrolla el movimiento en favor de las *enclosures* en la Inglaterra de la Edad Moderna es un punto de comparación evidente y explícito en el texto.

tes hasta hace poco, abre la puerta a explicaciones más sutiles y menos mecanicistas, que incluyen como un factor relevante la percepción social de los hechos económicos y los cambios en la actitud social hacia formas más complejas de organización y gestión de los recursos.

Quedan, sin embargo, a mi modo de ver, puntos oscuros que hubieran agradecido una discusión más detallada. Por ejemplo, si el sistema descrito se relaciona claramente con una producción agraria fuertemente orientada a la producción de cereal ¿cabe ver en ello una respuesta campesina a las oportunidades de los mercados urbanos o es más bien resultado de la imposición por parte de los señores de una determinada modalidad de producción de renta? ¿tiene este desarrollo una contrapartida en la potenciación de la producción pecuaria en las áreas de poblamiento disperso y abundancia de pastizal y monte? Muy especialmente, si admitimos que el modelo pudo generarse en fecha relativamente temprana, aunque su generalización fuese posterior ¿dónde situar los primeros pasos? ¿es creíble la imagen de una comunidad campesina relativamente poco señorializada refundándose a sí misma sobre la base de un sistema mucho más exigente en cuanto a organización? Este último supuesto parece aceptable para fechas en las que el modelo ya es una realidad consolidada y en auge, pero ¿cabe pensar lo mismo en una etapa pionera?

El lector puede pensar, como a mí me ocurre, que a la hora de valorar la imposición señorial cabría distinguir entre los lugares de señorío laico y los de señorío eclesiástico. En el contexto histórico y social de la Inglaterra anglosajona, la Iglesia parece haber contado con capacidades de acción para modificar la realidad social a nivel local muy superiores a las de los aristócratas. ¿Es posible que las primeras aldeas nucleadas fuesen lugares de señorío eclesiástico y que este modelo se difundiese posteriormente entre los señores laicos y finalmente se generalizase a escala comarcal? Y, lo que es más llamativo, el sistema de aldeas nucleadas con campos abiertos tiene un fuerte contenido comunitario en dos sentidos: requiere un alto nivel de organización y disciplina campesina, pero también las unidades de propiedad divididas en fajas repartidas homogéneamente por todas las hojas y por tierras de mejor y peor calidad no sólo indican un "reparto justo", también reflejan un altísimo grado de homogeneidad campesina, donde no parece haber espacio para diferencias patrimoniales y de rango. Esto sugiere claramente que, diese quien diese el primer paso -y mi apuesta son los señores- ello no es viable si no se cuenta con comunidades campesinas sometidas como inferiores estructurales a un sistema englobante de detracción de excedente y con un grado cada vez más limitado de capacidad para la diferenciación interna: un campesinado, en definitiva, ya muy separado de los niveles superiores de la sociedad. No es casual, creo, que en el mismo período en que se va perfilando el sistema las distinciones de status legal entre campesinos libres, semilibres y esclavos se vayan borrando hasta desembocar en un magma relativamente homogéneo de campesinado sometido a exacción señorial.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Si, como reflejan los primitivos códigos legales de Kent y Wessex, en el período anglosajón inicial el campesino libre tenían una situación social no muy lejana de los escalones inferiores de la nobleza, y podía ser a su vez señor de esclavos y dependientes, en la Plena Edad Media las distancias sociales entre el campesino libre y los no-libre parecen difuminarse, al tiempo que la separación de la nobleza se acrecienta.

Las aldeas nucleadas de la Plena Edad Media inglesa pueden por tanto ser vistas como un fenómeno sin duda marcadamente comunitario, pero que sólo tiene sentido en un contexto de fuerte imposición y detracción exterior -renta señorial, presión fiscal, detracción por la vía del mercado y la economía monetaria- y como células de enclavamiento que son relativamente igualitarias porque agrupan a un conjunto relativamente homogéneo de inferiores estructurales del sistema económico, envueltos en un modelo de gestión de los recursos que tiende a la producción de altos niveles de excedente fácilmente almacenable y movilizable, como es el cereal. Un buen indicador de la rigidez del sistema es el hecho de que en la época de crisis bajomedieval este tipo de asentamientos, poco flexible a cambios, tienda a quebrarse por despoblación total, por contraste con las áreas de poblamiento disperso que parecen responder a los pulsos económicos de manera más elástica.

En todo caso, *Village. Hamlet and Field* resulta una lectura sumamente estimulante, en tanto en cuanto aborda un tema de gran calado, cuyas implicaciones tocan buena parte de los "grandes temas" de la historia económica y social medieval y su planteamiento desborda claramente las limitaciones de un espacio regional concreto, para discutir fenómenos de amplia escala y sugerir críticas e hipótesis válidas también para otros ámbitos.

### **3. CONCLUSIÓN: UNA LECTURA DESDE EL MEDIEVO CASTELLANO-LEONÉS**

Volviendo a mi punto de partida, ¿pueden los dos trabajos comentados resultar relevantes para los estudiosos del medieval castellano-leonés? Creo que sí y que las razones son muchas. A estas alturas de mi comentario, algunas de ellas ya serán obvias; otras no tanto. Para empezar, una de las marcas de distinción de la historia medieval castellano-leonesa ha sido durante decenios su aislamiento respecto de otras tradiciones historiográficas europeas. Esta tendencia se puede considerar actualmente -y afortunadamente- rota; sin embargo aún es necesario intensificar mucho más el estudio sistemático con fines comparativos de materiales historiográficos de otros ámbitos europeos. La Historia comparada va camino de experimentar un nuevo auge a lo cual no es ajeno en absoluto el proceso de construcción europea, y lo cierto es que, al margen de su mayor o menor "oportunidad" política e institucional, es una vía de investigación extraordinariamente importante. Cuando se trata de trabajos de gran envergadura y de temática amplia, como los aquí comentados, es imposible que su lectura no aporte un caudal de ideas y sugerencias válidas para el espacio castellano-leonés. Sólo por ello ya son recomendables, y una lectura combinada de las dos obras revela que son complementarias en más de un aspecto.

En términos más concretos, sin embargo, me gustaría comentar tres cuestiones que me parecen relevantes para el ámbito castellano-leonés.

Una primera se refiere a la decadencia de la cultura material tras el fin del mundo romano. Es evidente que, tratándose de un fenómeno general, dista mucho de ser uniforme. Sin embargo, tanto en Britania como en Armorica y en la cuenca del Duero, es posible enunciar una situación en la que el fin de las grandes *villae* abre

la puerta a un período de intensa retracción en la cultura material. En todo hay grados. Britania puede ser un caso extremo, al quedar segregada del resto del mundo romano a comienzos del siglo V. No es el caso de Armorica, pero todo sugiere que esta región siguió una trayectoria evolutiva particular a partir del siglo V, sólo relativamente afectada por los procesos que se desarrollaban a una escala más amplia. En el caso de la cuenca del Duero, parece claro que tras las convulsiones del siglo V, la creación del reino Visigodo mantuvo a la región en contacto -no sabemos cómo de intenso- con el resto de la península; sin embargo, tan pronto como este control cedió a comienzos del siglo VIII, la regresión parece haber sido muy intensa en comparación con otras áreas ibéricas (Escalona y Reyes, en prensa). Una conclusión que se desprende de ello es que la correlación entre decadencia de la cultura material y complejidad de la vida social a escala local no puede ser sometida a generalizaciones tajantes. Tanto para el período romano como para otros posteriores, los materiales arqueológicos que pueden expresar una cultura material sofisticada suelen resultar de la detracción sistemática de excedente ejercida por un sistema de amplia escala, que luego revierte en las formas culturales en cuestión -caso de los mosaicos de las grandes *villae* tardoantiguas o de la arquitectura monumental románica, por ejemplo. En ausencia de un sistema de detracción de excedente a gran escala, no hay por qué pensar que los recursos puestos en manos de las comunidades locales tienen que dar lugar a manifestaciones culturales semejantes a las del mundo de las *villae*; sino que pueden desplazarse hacia otras esferas, como la ostentación de riqueza como expresión de status personal en un período en que esos valores están sometidos a revisión o crisis (este podría ser el caso los ajuares funerarios en las necrópolis de los siglos VI y VII)<sup>12</sup> o el simple crecimiento demográfico por multiplicación de las células campesinas básicas.<sup>13</sup> Es incluso perfectamente asumible que se pudiese dar simultáneamente un crecimiento relativo de la población rural y una reducción del terrazgo cultivado, en tanto en cuanto el drenaje de excedente agrícola hacia las esferas superiores del sistema sociopolítico se colapsase.

Si esa degradación de la cultura material va acompañada de un deslazamiento de las técnicas constructivas de la piedra a la madera -caso de Inglaterra y probablemente también de Bretaña- o el barro -caso probable de buena parte de la cuenca del Duero, no puede extrañar que los asentamientos rurales tiendan a volverse invisibles para el arqueólogo. En el mundo anglosajón, los pequeños asentamientos característicos de la etapa medieval inicial se resistieron durante decenios a los excavadores, hasta que éstos aprendieron a reconocer sobre el terreno las huellas dejadas por las estructuras de troncos que eran la modalidad constructiva predominante (Chapelot y Fossier, 1985 : 88 y ss.). Parece razonable pensar que algo semejante ha de ocurrir en la cuenca del Duero tarde o temprano y que los yacimientos campesinos se volverán poco a poco visibles. El caso bretón estudiado por Davies y

---

<sup>12</sup> Este argumento ha sido desarrollado convincentemente por HALSALL (1995a). Ver también HALSALL (1995b y 1999). Se puede comparar con la argumentación puesta en juego por DOMÍNGUEZ MONEDERO (1986) en relación con las necrópolis supuestamente visigodas de la cuenca del Duero.

<sup>13</sup> Ver sobre esto las interesantes observaciones de WICKHAM (1988).

Astill puede servir como un punto de comparación extremo, ya que allí la ausencia de cerámica impidió completamente la detección de hábitat altomedieval, mientras que los documentos de Redon se empeñan en presentar un espacio rural dinámico y densamente ocupado. Por analogía ¿no cabe pensar que cuando nos enfrentamos a colecciones documentales del siglo X como las de Cardeña o Sahagún la situación no es tan diferente? La densa trama de comunidades campesinas que los textos atestiguan contrasta con la incapacidad práctica hasta el momento para reconocer sobre el terreno las estructuras materiales de esos poblados, más allá de la mera localización de un topónimo o de afloramientos de cerámica, piedra o teja.<sup>14</sup>

Mención aparte merece la cuestión del terrazgo y los sistemas de campos. Es éste un tema que apenas ha sido planteado alguna vez para Castilla y León, fuera del estudio pionero de García Fernández (1965), que aparentemente sirvió para abrir la cuestión y también para cerrarla, al postularse la inexistencia de sistemas de campos abiertos con derrota de mieses hasta el más tardío medievo, y ello desde presupuestos en los que los determinismos físicos y demográficos marcaban la pauta. A pesar de alguna ocasional llamada de atención sobre la posible existencia de estas estructuras agrarias en etapas anteriores,<sup>15</sup> el tema parece darse por zanjado excepto para el fin de la Edad Media y con ello se está renunciando a una vía de investigación esencial en un terreno al que se dedica una atención inmerecidamente escasa. Aunque contamos con varios trabajos interesantes para los espacios cantábricos,<sup>16</sup> no sabemos tanto sobre el funcionamiento básico de la vida económica en las aldeas de la meseta del Duero; ocasionalmente surgen estudios que arrojan luz sobre los aspectos legales o sociales de los sistemas de propiedad agraria (Martínez Sopena, 1985, o Estepa, 1993, 1994, por citar sólo tres ejemplos muy relevantes) pero el trabajo de campo no parece despegar.

Y esto me lleva a mi última reflexión. Tras un período, en los sesenta y setenta, en que predominaban los estudios sobre dominios señoriales, generalmente eclesiásticos, y en el que se prestó una atención hasta entonces poco corriente a los aspectos organizativos de las economías señoriales y campesinas,<sup>17</sup> se pasó a enfocar el estudio de la realidad social de base a partir de análisis de base regional, una línea en la que los estudios de García de Cortázar y su grupo son pioneros. Sin embargo, este

---

<sup>14</sup> Compárese por ejemplo con la exhaustiva investigación desarrollada en el área de Roa por Francisco Reyes, que, en un área prácticamente vacía de documentación, permitió identificar en prospección centros de culto, núcleos eremíticos, castros y fortificaciones, incluso un complejo alfarero, mientras que el hábitat rural altomedieval se resistió a ser localizado, por contraste con los abundantes poblados y despoblados plenomedievales (REYES TELLEZ, 1991).

<sup>15</sup> ALFONSO (1982). Aquí la organización del terrazgo es tratada menos como una cuestión de presión demográfica sobre los recursos y más en su contexto de relaciones sociales y de poder. Resulta desconcertante que esta línea de innovación no haya sido seguida por otros investigadores.

<sup>16</sup> Ver ORTEGA (1991) y la bibliografía allí citada.

<sup>17</sup> La cita sería larguísima. Quiero sin embargo destacar el trabajo de Javier PEÑA (1990) por tratarse de un esfuerzo muy sólido en la interpretación de la economía de un dominio feudal realizado en un momento en que este tipo de tareas empezaban a ser relegadas a un segundo plano.

tipo de investigaciones fueron derivando rápidamente hacia planteamientos de historia social y de estructuras políticas y territoriales -mis propios trabajos no son una excepción- debido quizá en parte al creciente interés por estas cuestiones, pero también sin duda al hecho de que la paupérrima cosecha de estudios locales de tipo arqueológico y toponímico hacían imposible generalizaciones a escala regional o comarcal sobre este tipo de cuestiones. Cuando esto se contrasta con la rica información y la extensísima bibliografía reunidas por Lewis, Mitchell-Fox y Dyer para los East Midlands se percibe fácilmente hasta qué punto estamos echando en falta la acumulación de una tradición de estudios de este tipo, un retraso que llevará decenios superar. Sin embargo la lectura del trabajo de Astill y Davies es un gran ejemplo de cómo una investigación sólidamente construida puede dar un vuelco sustancial al estado de conocimiento sobre un área y pasar de un casi total vacío a la posibilidad de generar hipótesis de altos vuelos que permiten interpretar la casuística local e insertarla en discusiones de interés general para los especialistas europeos.

La cuenca del Duero no es un espacio peor que cualquier otro para poner en práctica proyectos de este tipo, y lo necesita desesperadamente para superar un atraso historiográfico y empírico endémico. Lo que hace falta es que surjan grupos de trabajo que quieran dar ese vuelco al estado de conocimiento de los diferentes sectores. Los métodos existen y las posibilidades de formar proyectos y equipos de trabajo también. Por suerte tampoco faltan fuentes de inspiración poderosas, aunque provengan de ámbitos aparentemente tan ajenos como la Inglaterra central y la Bretaña francesa.

## REFERENCIAS

- ALFONSO ANTÓN, I. (1982): 'Sobre la organización del terrazgo en Tierra de Campos durante la Edad Media', *Agricultura y Sociedad*, 23, 1982, pp. 217-232.
- ARNOLD, C. J.; WARDLE, P. (1981): 'Early medieval settlement patterns in England', *Medieval Archaeology*, 25, pp. 145-149
- ASTILL, G.; DAVIES, W. (1997): *A Breton Landscape*, Londres, University College London Press.
- ASTON, M. (1989): *Interpreting the Landscape. Landscape Archaeology in Local Studies*, Londres, Batsford
- ASTON, M.; ROWLEY, T. (1974): *Landscape Archaeology. An Introduction to Fieldwork Techniques on Post-Roman Landscapes*, Newton, David and Charles.
- CHAPELOT, J.; FOSSIER, R. (1985): *The Village and House in the Middle Ages*, Londres, Batsford, (ed. orig. *Le village et la maison au Moyen Age*, París, Hachette, 1980).
- DAVIES, W. (1988): *Small Worlds. The village community in early medieval Brittany*, Londres, Duckworth.
- DAVIES, W.; ASTILL, G. G. (1994): *The East Brittany Survey. Fieldwork and field data*, Aldershot, Scholar Press.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1986): 'Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica', *I Congreso de Arqueología Medieval Española*, 8, Huesca, pp. 165-186.

- ESCALONA, J. (en prensa) 'Arqueología Medieval en Burgos: desarrollo y Perspectivas', en *Primer Congreso de Arqueología de Burgos*.
- ESCALONA, J.; REYES TÉLLEZ, F. (en prensa): 'Continuidades y transformaciones en el valle del Duero: Valdezate (Burgos), siglos IX-XII', en *Poblamiento rural en el Norte de la Península Ibérica (ss. V-X). Continuidades, rupturas transformaciones*, Madrid, Casa de Velázquez.
- ESTEPA DíEZ, C. (1993): 'Propiedad y señorío en Castilla (siglos XIII-XIV)', en SARASA SÁNCHEZ, E.; SERRANO NÚÑEZ, E., eds.: *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, 3, Zaragoza, pp. 373-425.
- ESTEPA DíEZ, C. (1994): 'Proprietà, evoluzione delle strutture agrarie e trasformazioni sociali in Castiglia (secoli XI-XII)', *Strutture e trasformazioni della signoria rurale nei secoli X-XIII*, XXV Settimana di Studio (Trento, sept. 1994). *Annali dell'Instituto storico italo-germanico*, 44, pp. 411-443.
- GALLIOU, P. (1986): 'Celtic renaissance or Roman change. Roman Brittany revisited', *Oxford Journal of Archaeology*, 5, pp. 67-76.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1965): 'Champs ouverts et champs clôturés en Vielle Castille', *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 4, pp. 692-718.
- HALSALL, G. (1995a): *Settlement and Social Organization: The Merovingian Region of Metz*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HALSALL, G. (1995b): *Early Medieval Cemeteries. An Introduction to Burial Archaeology in the Post-Roman West*, Glasgow, Cruithne Press.
- HALSALL, G. (1999): 'Social Identities and Social Relationships in Early Merovingian Gaul' en WOOD, I., ed.: *Franks and Alamanni in the Merovingian period. An Ethnographic Perspective*, San Marino, CIROSS, pp. 141-175.
- HAMEROW, H. F. (1991): 'Settlement mobility and the 'Middle Saxon Shift': rural settlements and settlement patterns in Anglo-Saxon England', *Anglo-Saxon England*, 20, pp. 1-17.
- HAMEROW, H. (1997): 'Migration theory and the Anglo-Saxon 'identity crisis'', en CHAPMAN, J.; HAMEROW, H., eds.: *Migrations and invasions in archaeological explanation*, British Archaeological Reports, International series, 664, Oxford.
- HANLEY, R. (1987): *Villages in Roman Britain*, Aylesbury, Shire Publications.
- HOOKE, D. (1997): *The Landscape of Anglo-Saxon England*, Leicester, Leicester University Press.
- HOOKE, D; BURNELL, S. (1995): *Landscape and Settlement in Britain, AD 400-1066*, Exeter, Exeter University Press.
- HOSKINGS, W. G. (1985): *The making of the English Landscape*, Londres, Penguin, (pub. orig. 1955).
- LEWIS, C.; MITCHELL-FOX, P.; DYER, C. (1997): *Village, Hamlet and Field. Changing medieval settlements in central England*, Manchester-Nueva York, Manchester University Press.
- MARTÍNEZ SOPENA, P. (1985): *La Tierra de Campos Occidental: poblamiento poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid.
- PEÑA PÉREZ, F. J. (1990): *El monasterio de San Juan de Burgos (1091-1436). Dinámica de un modelo cultural feudal*, Burgos

- REYES TÉLLEZ, F. (1991): *Población y sociedad en el valle del Duero, Duratón y el Riaza en la Alta Edad Media, siglos VI al XI. Aspectos arqueológicos*, Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1991.
- ROBERTS, B. K. (1985): "Village patterns and forms: some models for discussion" en HOOKE, D., ed. *Medieval Villages*, Oxford, Oxford University Comitee for Archaeology, pp. 7-25.
- RODWELL, W.; ROWLEY, T. eds. (1975): *The Small Towns of Roman Britain*, British Archaeological Reports, 15, Oxford.
- WELCH, M. (1992): *Anglo-Saxon England*, Londres, Batsford.
- WICKHAM, C. (1988): 'L'Italia e l'alto Medioevo', *Archeologia Medioevale*, 15, pp. 105-125.